

Reseña

RESEÑA: Daniela Rotger, *El paisaje fluvial en el Amba, CABA, Prometeo, 2022*

Graciela Silvestri*

Universidad Nacional de La Plata
gracisilvestri@gmail.com

Fecha de envío: 11 de junio de 2024
Fecha de aceptación: 14 de junio de 2024
Fecha de publicación: Julio de 2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

* Graciela Silvestri es arquitecta (UBA) y doctora en historia (UBA), especialista reconocida internacionalmente en temas vinculados con la arquitectura, el territorio y el paisaje, temas sobre los cuales ha dirigido varios proyectos de investigación y dictado seminarios en Argentina y en el exterior. Ha publicado numerosos libros, entre ellos *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo* (Prometeo, UNQ 2004) y *El lugar común. Una historia de las figuras del paisaje en el Río de la Plata* (Edhasa, 2011). Es docente de la Universidad Nacional de La Plata

Este texto constituye, con pocas modificaciones, la presentación del libro de Daniela Rotger en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de La Plata, en el mismo año de su publicación –de allí su tono coloquial. De manera que no consigna nuevos proyectos y contribuciones, si bien podríamos decir que fueron escasas y sin el relieve del libro al que me dedico.

Inicié la presentación con el ejemplo de un caso entonces reciente, que permitía valorar el libro de Daniela subrayando las razones por las cuales este debía ser considerado como un aporte fundamental en el debate y la acción sobre nuestros territorios. Se trata de la reserva natural de Santa Catalina, extenso pulmón verde de 380 ha, en medio de un caótico entorno urbano, que la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la UNLP quería vender con destino inmobiliario. Afortunadamente se elevaron varios recursos de amparo, y el debate aún continúa. Pero vale la pena leer los argumentos que iniciaron la defensa del predio: apenas se hace mención de su valor histórico y cultural. Sólo comento, para comprenderlo, algunos temas por todos conocidos: la antigüedad del establecimiento rural -más de 400 años-; el asentamiento de la primera colonia escocesa, promovida por Martín Rodríguez, Rivadavia y los Parish-Robertson. El expedicionario y horticultor John Tweedie, ex director del Jardín Botánico de Edimburgh, conectado con Darwin y una red de naturalistas ingleses, inició aquí la primera forestación provincial. La primera escuela práctica de Agricultura, iniciativa del agrónomo Eduardo Olivera (1870), pasa en 1883 a ser Instituto agronómico-veterinario, fundado por Dardo Rocha. En fin, Santa Catalina es mucho más que un pulmón verde: tiene que ver con nuestra historia y nuestra identidad (que no es algo dado, sino que se construye), por lo que su puesta en valor podría constituir un punto de partida para la regeneración del área. Pocos se interesan en estas historias, aunque ha sido estudiada y publicada (entre otros, por nuestro grupo del HiTePAC).

Con este caso, al que tantos pueden sumarse, me interesó subrayar la miopía con que se considera en nuestro país la dimensión simbólica del espacio. Más precisamente, la ausencia de la noción que permite reunir objetividad y subjetividad, placer y necesidad, naturaleza y artificio: es decir, la noción de *paisaje*, que Daniela introduce desde el título, y analiza en el primer capítulo, reafirmando sus valencias polisémicas y flexibles. Daniela actualiza la bibliografía, enriquecida con las conclusiones de la reciente normativa internacional - los convenios europeos de paisaje o los derivados de la *Latin american landscape initiative*.

La autora repasa diversos paradigmas, mostrando cómo “el paisaje” va abandonando su dimensión escenográfica-naturalista para “ponerse en movimiento”, acercándose a los sujetos que le dan existencia. De allí su reveladora cita del poeta chino Lin Yutang: “la mitad de la belleza depende del paisaje, la otra mitad de la persona que la mira”. Pero el aspecto más ambicioso del libro no es este, sino la indagación de los caminos en los que la noción “paisaje” puede ser convocada como *estrategia para pensar el territorio*, superando la manera sesgada en que se viene considerando en nuestro país.

Con Fernando Aliata habíamos escrito *El paisaje como cifra de armonía*, publicado en 2001, para divulgar este tema.¹ También investigamos casos históricos, como el de Santa Catalina, y dictamos cursos –en particular, en la Maestría de Paisaje de esta Facultad, la primera de esta especialidad en el país. Pero veíamos con desconsuelo que no existían propuestas que incluyeran la compleja trama que el “paisaje” evoca. Es que nunca emprendimos la tarea de articular las nociones teóricas y los caminos históricos con una dimensión operativa que arrojará luz sobre las estrategias territoriales. De manera que, mientras nuestros libros y artículos circulaban en el mundo de la historia, las letras y las artes, poco incidimos en los profesionales de la proyectación. ¿Es posible que esta división entre la esfera simbólica y la supuesta objetividad científico-técnica siga reproduciéndose?

Dos posturas mediáticas prevalecen en la Argentina de hoy, con anclajes en el mundo académico. Llamaremos a la primera *ecologista*: ella reduce “paisaje” sólo al ámbito natural, ignorándolo como construcción humana. Las posturas más radicales diferencian entre “natural-bueno/y artificial-malo”, o –aún más grave- entre originario-bueno y exótico-malo. ¿Qué diríamos si aplicamos esta convicción a lo humano? ¿Acaso los migrantes, el gran problema actual, “desnaturalizan” la “verdadera raza”, como dirían los reaccionarios de *America First* o *Alternative für Deutschland*? ¿Qué diríamos del palán-palán, el árbol que crece en nuestros balcones, cuya semilla migró desde Marruecos a América?

Por otro lado, ya sabemos que la misma idea de “Naturaleza” como opuesta a la acción humana es ajena a tantas civilizaciones, entre ellas a las de los pueblos que han habitado nuestro subcontinente, desde los pueblos amazónicos hasta los “pampas”-querandíes, como lo ha probado Philippe Descola.

La segunda postura que permanece con especial fuerza se instala en el mundo del Plan: se trata de la idea de espacio y sus recortes como “dato objetivo” físico, del que solo pueden dar cuenta las ciencias y las técnicas que le responden –como si las ciencias actuales, en su vórtice einsteineano-cuántico, no hayan puesto de relieve la arbitrariedad de la mirada humana.

Es cierto que una rama importante de la urbanística ha integrado desde hace décadas cuestiones socioeconómicas, políticas, o más recientemente de género, como también lo ha hecho la inclinación ecológico-ambientalista. Pero estas cuestiones se reducen al tema de la necesidad, de la eficacia técnica –bien dice Daniela que muchas áreas periurbanas son sólo consideradas desde el punto de vista infraestructural-, o de las luchas sociales –los sin-tierra a favor de un mayor bienestar. Todas estas consideraciones son importantes y urgentes, pero no toman en cuenta una dimensión clave del paisaje: la dimensión estética. Pareciera que el placer ante un bello paisaje es un “adorno secundario”, que sólo interesa a quienes no tienen más que hacer que invertir sus ganancias en cuadros.

¹ “El paisaje como cifra de armonía” acaba de ser reeditado conjuntamente por I EDULP (Santa Fé) y por la editorial de la Pontificia Universidad Católica de Chile, con un epílogo que repasa las contribuciones de los últimos veinte años.

Cuando digo dimensión estética, no considero sólo las representaciones artísticas, (pintura, fotografía, cine, poesía, etc), que dieron forma a lo que llamamos *paisaje* en la modernidad – un tema que resume Daniela-, sino al “conocimiento sensible”, la *aisthesis* griega que Kant y Baumgarten revisitaron, vinculada con recuerdos, experiencias, opiniones e inclinaciones locales y personales.

En los viejos tratados de arquitectura, la palabra belleza (que hemos abandonado), podía figurar también como *venustas* (derivada de la diosa Venus, la diosa del amor), armonía o *concinntas*, es decir concordancia entre los diversos aspectos del mundo (los ligados a la necesidad y a la utilidad, pero también al placer). Sin esta dimensión simbólico-cultural no existe “paisaje”, solo extensión. Tampoco existe arquitectura.

Ya debiéramos saber, por casos sucedidos en el país, la importancia otorgada a este aspecto en ámbitos que, valorizados *estéticamente*, fueron apropiados por la población: las luchas en Gualeguaychú no cesaron porque La Haya determinara la no contaminación del río. La fábrica misma disturbaba la imagen de playa de arena blanca y fondo de verdura. Otros paisajes fueron valorizados de otras formas, como el del Riachuelo, también protegido –la acción de los pintores es clave, que imaginaron este paisaje de horizonte industrial como epítome del trabajo portuario. No disturbaba su belleza el fondo fabril, el puente de hierro, las casas de chapa de colores estridentes, realizadas con desechos de los barcos, el río oscuro.

Daniela sabe de estas diferencias, y por esto subraya la variedad de “unidades de paisaje”, haciendo hincapié en el tema del “carácter” (“personalidad”, podríamos decir) que identifica cada “patrón distintivo reconocible y coherente”. Emprende así la difícil tarea de decodificar estos valores para hallar una metodología que permita gestionar y ordenar los paisajes. Pero, ¿cómo se han construido históricamente estos valores? ¿Qué sucede cuando ellos ni siquiera son identificados? Y siendo tan anclados en la opinión, ¿cómo ponderarlos en vistas a la acción?

El caso marco que toma Daniela es el del AMBA, área o región metropolitana de Buenos Aires, que va desde Lujan hasta Berisso: caso difícil si los hay, heterogéneo, híbrido, denominado con sucesivas siglas a falta de conocimiento detallado. Una importante tradición de estudios urbanos siempre insistió de modo normativo en llamar “Gran Buenos Aires” a este conjunto metropolitano, no sólo apegándose al significado que dicta la urbanística internacional –la palabra “Gran” antepuesta al nombre de una ciudad designa la urbe completa sin distinciones jurisdiccionales-, sino buscando obtener un reconocimiento institucional que se tradujera en formas de coordinación de la gestión metropolitana. En esta tradición trabajaron Cesar Vapñarsky –que nos legó una minuciosa reconstrucción cartográfica y censal entre 1869 y 1991, publicada en 2000-; Isabel López, que hizo en el libro una excelente presentación de los problemas político-económicos del AMBA, derivados de esta ambigüedad política.

Pero me interesa señalar la representación común del AMBA: lo que está *afuera* de la Capital, estableciendo una fractura como si fueran mundos invertidos. Dos polos extremos del arco socio-urbano, la villa miseria y el country-club, protagonizan los imaginarios sociales sobre el conurbano. ¿Qué decir de Avellaneda, La Plata, o Turdera? “Gran Buenos Aires, ¿cuántos de sus diez u once millones de habitantes

pueden jactarse de conocerlo?”, decía la geógrafa Elena Chiozza en un texto de 1983, con vívidas descripciones de sus diversos paisajes. “Nadie puede ya sentirse ciudadano, con lo que ello significa en cuanto a arraigo, solidaridad e identificación, de una ciudad cuya magnitud excede la posibilidad de conocimiento”.

Volveremos sobre el tema de las representaciones, pero antes quisiera subrayar una particularidad del libro de Daniela. Es en el AMBA donde el enfoque paisajístico comienza a dar sus frutos, ya que en lugar de separar arbitrariamente ciudades y partidos, interroga la característica clave que permite vincular estos ámbitos: las cuencas fluviales, que no recortan políticamente provincia-capital. Esto nos lleva a la comprensión de que nuestro territorio está atravesado por ríos, arroyos, humedales... la comprensión, en fin, de que “vivimos en el agua”, o más bien en el mezclado barro, antes que en tierra firme.

No necesito decir la importancia que, en este siglo, el tema del agua ha adquirido. Tal vez por esto ha vuelto a revisarse su dimensión simbólica, relejendo viejos textos como *El agua y los sueños* de Gastón Bachelard, dedicado a las poéticas del espacio. No me voy a detenerme en ellos, ya que traté recientemente el tema en un libro dedicado a una región más amplia: las tierras bajas sudamericanas, la *Sudamérica fluvial*.²

Ahora bien: más allá de este común carácter “acuático”, sabemos que cada curso, cada territorio que atraviesa el río, cada margen, ofrece diferencias –no es lo mismo el arroyo cristalino que baja de las montañas, de largo prestigio paisajístico, que el ancho río marrón al que se asoman nuestras costas. Tomó tiempo reconocer esteros y humedales en su dimensión paisajística.

Daniela, además de otorgar al tema de las cuencas una relevancia central, las pondrá en relación con la construcción humana, ya que, dice con razón, “entender a las cuencas del AMBA como paisaje fluvial implica examinar la vinculación entre el curso de agua y la urbanización”. A diferencia de las prácticas usuales, que sólo definen ámbitos limitados de protección, Daniela acuerda con Rafael Mata, a quien cita: “Todo el territorio precisa gobierno, superando la sacralizada separación entre lo protegido (ya sea natural o urbano, y el resto, donde todo cabe”) Todo el territorio deberá así ponderarse como “paisaje fluvial”.

Pero ¿es que los habitantes de este territorio reconocen su hábitat desde esta perspectiva? Por el contrario, Daniela ofrece una encuesta de 2019 realizada entre estudiantes, docentes e investigadores relacionados con temas urbanos con el fin de indagar sus imágenes mentales sobre el AMBA. Al mencionar paisaje y AMBA, 45% piensa en rutas; 20% en caos urbano, 15% en luchas sociales de clase; 10% en cemento, poco verde, contaminación y condiciones de vida deteriorada. Sólo un 10% menciona el río “invisible”: el Plata. El suelo vacante y las actividades rurales son excluidos, la imagen es fragmentada –sin aludir a áreas particulares, a “unidades de paisaje”-, y, más importante aún, ríos, arroyos y esteros no forman parte de este imaginario. No extraña la sorpresa con que fue experimentada la gran inundación de

² Graciela Silvestri, *Las tierras desubicadas. Paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial*, Eduner, Paraná, 2021

2013, cuando los invisibles terceros desbordaron, a pesar de que los hidrólogos ya venían alertando sobre esta posibilidad desde años antes -y Clorindo Testa la había figurado hacia 1980.

Esta pobreza imaginativa se corresponde también con la escasez histórica de representaciones culturales, literarias y estéticas referidas al AMBA, un tema tratado por Adrián Gorelik en su artículo *Terra incognita Para una comprensión del Gran Buenos Aires como Gran Buenos Aires*, publicado en un libro que recomiendo especialmente: *El Gran Buenos Aires*, dirigido por Gabriel Kessler, en la colección “Historia de la Provincia de Buenos Aires”, organizada por Juan Manuel Palacio.

Gorelik señala que, mientras la imagen porteña, con sus 100 barrios -escasamente diferenciados-, se ha consolidado desde temprano por los cantos tangueros y los maravillosos escritos de autores del prestigio de Arlt y Borges, sólo desde fines del siglo XX se inicia un movimiento de ficciones y crónicas que tienen al conurbano como escenario, incluso como protagonista –*Vivir afuera* de Fogwill (1998), *Entre hombres* de Germán Maggiori (2001), *Berazachussets* de Leandro Ávalos (2007), *La Reja* de Matías Alinovi (2013), y los relatos de Pablo Ramos sobre Sarandí o los de Juan Diego Incardona sobre Villa Celina. También el cine; *El bonaerense* (2000) de Pablo Trapero, fue la obra que permitió la mayor difusión de la idea. ¿La novela o película del Gran Buenos Aires? Ninguna de ellas reconoce, sin embargo, lo que reconoce Daniela: la importancia del agua, que emergía en las representaciones porteñas (no sólo en La Boca: *Pompeya y más allá la inundación...*)

Sin embargo, el habitar sobre el agua, y el lugar del agua en estas ciudades que pasan por arriba de arroyos y terceros con cemento, borrando su memoria, es una ausencia compartida por “Capital y Provincia”. Daniel Kozac podría comentar la resistencia de los habitantes del lugar cuando propuso la renaturalización del Maldonado, que transcurre bajo la avenida Juan B Justo, en CABA. La falta de atención a los paisajes fluviales es temprana, dice Daniela: sólo basta observar la cuadrícula implantada en La Plata.

Estos comentarios conducen nuevamente a la falta de sensibilidad *paisajera* en nuestro medio. Fernando Williams, que conoce bien la tradición anglosajona (US y UK), que desde temprano valorizaron las vertientes culturales del territorio –la “Verde Irlanda”, la campiña inglesa identificada con la “Nación”, la Apalachian trail como núcleo del plan regional en Virginia, conectando pueblos, áreas rurales, huellas indígenas, (tan temprano como en 1921), e incluso el paisaje del desierto.

Es que, si como dice Lin Yutang, paisaje implica tanto un “objeto” como un “sujeto” (un “arte de las relaciones”, cita Isabel López del viejo Gordon Cullen, que tanto nos enseñó hace más de 50 años sobre el paisaje urbano).

Por lo tanto, es necesario pensar en la educación pública para comprender la percepción social. Y la educación actual no sólo sigue ignorando “el espacio” o la sensibilidad, sino que cancela esa inmediata percepción del propio hábitat que todavía expresan los niños.

Daniela realizó una recolección de testimonios infantiles que resulta más elocuente que la seca opinión de académicos y pobladores mayores. (177-79). De la mano de

estas encuestas, regresemos al caso particular de estudio y aplicación de las estrategias que propone la autora: el arroyo del Gato. En su breve tramo reconoce diversas unidades paisajísticas definidas tanto por su pasado como por su presente, atendiendo no sólo a datos geomorfológicos, hidrológicos y botánicos, sino también a los procesos de configuración histórico-territorial de pueblos, periferias y áreas rurales –en fin, a las formas de habitar en cada “unidad de paisaje”.

Para hacer esto con rigor, Daniela hubo de ampliar la escala: mirar *desde abajo* este paisaje fluvial. Elaboró mapas temáticos y esquemas acompañados de fotografías que expresan el carácter de cada unidad de paisaje. Se detallan las posibilidades de intervención en cada área -paisajes fluvial, agrícola, meandros y puentes, espacios verdes y caminos, pueblos (Tolosa, Ringuelet), la antigua barranca y de los bañados. Algunas propuestas son tomadas de proyectaciones internacionales exitosas (como los parques agrícolas del Baix de Llobregat, y otras referencias de Barcelona), o nacionales, como el incipiente parque hortícola en Paraná, impulsado por el Inta. Deporte, arte y turismo (especialmente interno) deberían considerarse fundamentales para esta educación pública.

En fin: creo que la apuesta más ambiciosa y generosa en el libro es la de superar el *gap* entre la reflexión histórico-teórica y el proyecto, o, dicho de otra manera: la pernicioso dicotomía entre el campo tecnocientífico-operativo y el de las “ciencias del espíritu”, “blandas”, “humanas”, “artísticas”. No sólo la idea banal de Ciencia nos impide superar esta escisión, también la idea de Arte con mayúsculas. Ciencia y Artes son una única cosa, como bien lo demuestran Einstein y Heisenberg.

Creo que una clave para superar esta falsa dicotomía radica en nuestra vieja y leonardesca disciplina, la Arquitectura, en la que se formó Daniela. Ella todavía apela –afortunadamente- a la coordinación (armonía, equilibrio, *concinnitas*: belleza, paz) entre diversos requerimientos, para actuar sobre el territorio. Apela al Proyecto: es decir, a arrojar hacia adelante una imagen de cierta estabilidad, aún sabiendo que el aumento de entropía nos conduce al caos. Y sin embargo, podemos volver a pensar el habitar en la Tierra como el habitar en el agua, sabiendo que los peces fueron nuestros antepasados, que los seres del mundo –desde la margarita hasta los humanos- vivimos en y del agua.